Opinión

LA TRIBUNA

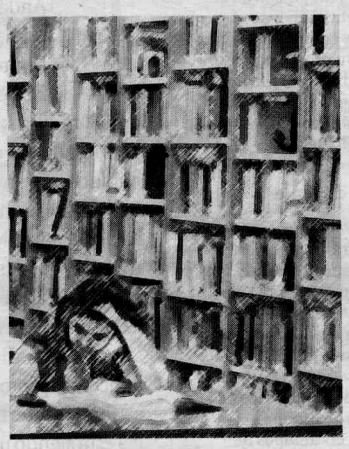
Una reforma para la Universidad

Rafael Rodríguez Prieto
Profesor de la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla

AUNQUE parezca increíble, la idea del alumno-cliente se refleja en la inagotable cantidad de circulares, reglamentos, decretos, etcétera, que se ha precipitado sobre nosotros. Ya tenemos constancia de que a las doce plagas de Egipto le quedaba la decimo tercera y por supuesto más temible: el desarrollo normativo de Bolonia y todos los papeles a rellenar. Porque ésa es otra. Hoy en día el profesor universitario tiene que cumplimentar decenas y decenas de formularios para dar cualquier paso. Pero todavía peor. Debe adaptarse a unos modelos de guías didácticas que amenazan la libertad de cátedra. Junto con todo esto, Bolonia abre la puerta para que se permita al profesor compatibilizar (por decir algo) la universidad con otra actividad más lucrativa. Error. La universidad debiera exigir al profesor exclusividad en su dedicación. ¿De verdad que queremos el tipo de profesor que jamás aparece por su universidad porque habitualmente está en una oficina o en otro centro privado?

La reforma debería hacer más ágil cualquier proceso. Por ejemplo, propiciar un solo modelo de currículum y simplificar la burocracia que Bolonia, considerablemente, incrementa. La gestión en la universidad debería simplificarse y reservarse, en su mayoría, al personal de administración y servicios.

Ahora todo son estadísticas y encuestas. La palabra mágica acuñada para justificar toda esta catarata de papeles es calidad. Toda una horda de profesionales de la calidad ha emergido en los últimos años. Competencias, capacidades, destrezas…Yo conozco universidades de primera categoría a nivel internacional que no tienen oficina de calidad y eso, ¡oh sorpresa!, no ha repercutido en su posición de privilegio. Pero también sé de algunas universidades privadas en América Latina dedicadas a ganar dinero produciendo egresados como churros que llevan todo este papeleo, incluso mejor que



aquí ¿Queremos seguir ese último y notable ejemplo? Esta versión de la calidad depende de una obsesión cuantitativa empeñada en medir hasta lo más mínimo, mediante encuestas demasiado simplistas. Estas encuestas, que indiscriminadamente se usan para cualquier asignatura o nivel, evalúan elementos tan vagos como la amenidad o el uso de tecnologías e inciden en la labor docente de los profesores, especialmente de aquellos con menos estabilidad en su trabajo. Ya hay estudios que señalan que las encuestas se están convirtiendo en un instrumento de intercambio, en el que el alumno pone notas altas a los profesores bajo la promesa implícita de que el profesor será menos exigente en el momento del examen.

La reforma debiera entender por calidad algo distinto que el número de aprobados o el cumplimiento de unos requisitos burocráticos. La docencia debe ser innovadora y desarrollar mecanismos que estimulen la participación y reflexión crítica del alumnado. Pero también debe ser una educación que aporte conocimientos y nivel. El profesor debería ser un facilitador que estimule al alumno en el proceso de aprendizaje y no lo condene a ser un menor de edad universitario. La tan despreciada clase magistral no es la única vía de enseñar, pero tampoco es un instrumento que se deba desdeñar; un colega, y sin embargo amigo, me decía que las clases magistrales se citan y resumen libros que ayudan mucho al alumno en su comprensión de los contenidos de la asignatura. Pues eso.

Y es que los timoneles que dirigen nuestro Estado y envían a sus criaturas a universidades extranjeras o a colegios exclusivos de secundaria nos han confiado la patriótica tarea de estabular un buen número de PPP, es decir, *Parados Potenciales Presentes*, y así aligerar las estadísticas, que es lo que importa. Si Secundaria se está convirtiendo progresivamente en el lugar en que los padres dejan a sus hijos para que el profesor asuma toda la responsabilidad sobre su educación, la universidad va camino de algo parecido. No faltarán una amalgama de másters, cursos, especialidades, que puedan realizar los sufridos estudiantes a un precio siempre superior a las décadas anteriores. Bolonia incrementará los costes de la enseñanza para los estudiantes. En este sentido, ya hay oficinas de bancos (de un solo banco, por cierto), en los propios recintos universitarios, que como samaritanos catedralicios ofrecerán a los estudiantes préstamos a pagar en incómodos plazos. Abrir la puerta para que bancos y corporaciones amplíen su negocio o impongan los contenidos en los cursos de reciclaje, que prevé Bolonia, es un error. La universidad debe seguir funcionando con becas que incluso mejoren en su cantidad y cuantía, tal y como la Junta o el Estado han hecho en los últimos años. Ése es el camino a seguir.

La universidad española necesita reformas. De eso no cabe duda. Es imprescindible profundizar en su labor investigadora, mejorar su docencia y hacerla más cercana a la sociedad. Bolonia la empeora. Le transmite los peores vicios de las peores universidades privadas y ninguna de las virtudes de las mejores universidades de este tipo. ¿Qué pasa con el esfuerzo, la disciplina, la autoridad o la excelencia en la investigación y la docencia? No seamos antiguos. Hay que ser ameno, pero con calidad.

EL QUE APAGA LA LUZ

Federico Vaz

Impuestos

UN ministro lanza el globo sonda de que las rentas más altas tendrán que tributar más y muchos tocan a rebato. La propuesta viene de un Gobierno que recula cuando sus ideas más atrevidas despiertan el griterío de los poderosos –José Blanco ya ha aclarado que sus comentarios acerca de una subida de impuestos a los ricos son una "reflexión personal"–, pero espadas en alto, todos se consagran a la hipérbole y las diatribas contra la subida de la fiscalidad llegan apocalípticas desde los medios conservadores, pero también, más moderadas, desde órganos afines. Periódicos, radios y televisiones de distinto signo tienen en común que sus propietarios son ricos a quienes no hace gracia pagar más. Cuando está en juego la pasta, el fuego amigo es fuego a discreción, y los fieles se tornan encarnizados enemigos: Juan Luis Cebrián llama inmoral y corrupto al Gobierno amigo que le quita el monopolio del fútbol.

Pero basta acudir a las cifras –las estadísticas de la Unión Europea– y comparar: no solo el león no es tan fiero sino que apenas tiene uñas. El tipo impositivo medio en España es del 34%, similar al de Francia o el Reino Unido. Aquí se habla de subir los impuestos ocho puntos, hasta el 50%, a las rentas superiores

Hacienda sabe que empresarios y profesionales declaran una renta media de 9.400 euros, la mitad de la declarada por los asalariados

a 60.000 euros anuales. En Dinamarca, Holanda o Suecia las rentas altas llegan a pagar el 60% de sus ingresos. Los salarios de los trabajadores españoles son un 65% más bajos que en esos países, pero empresarios, directivos y altos cargos ganan lo mismo aquí que allí, donde contra la crisis no se propone moderación salarial. Aquí la pide hasta José María Aznar, a quien el grupo Murdoch ha subido el sueldo en diez mil dólares respecto al año pasado. Los ejecutivos españoles son los quintos mejor remunerados de Europa.

Una fiscalidad más alta busca hacer sostenible un sistema de prestaciones sociales que no es un lujo: España está siete puntos por debajo de la media europea en gasto social, con un 21% del PIB, y la mayor parte va a ayudas por desempleo, no a becas u ortodoncias. Hasta aquí subir impuestos a los más ricos parece de justicia, pero ¿es eficaz o la medida, de aplicarse, será mera propaganda? Hacienda sabe, pues son sus datos, que empresarios y profesionales declaran una renta anual media de 9.400 euros, la mitad de la declarada por los asalariados. El 86% de las fortunas de más de diez millones de euros elude al Fisco; los ricos tienen herramientas para hacer más livianas sus declaraciones, brillantes abogados y empresas interpuestas que les permiten eludir sus obligaciones fiscales. Los propios técnicos del Ministerio consideran más efectivo restituir el Impuesto de Patrimonio para los contribuyentes que declaran más de 1,5 millones de euros antes que subir el IRPF, y así gravar más "a quien tiene mucho más, y no a quien declara ganar más".

RELOJ DE SOL

Joaquín Pérez-Azaústre

Nadal en el espejo

HA caído Nadal, ha vuelto a perder contra sí mismo. Ya lo advirtió él hace unos meses, que lo verdaderamente extraño era ganar siempre, que lo razonable era perder. Así en la vida como en los libros, se ha constituido una verdadera literatura del perdedor que se ha visto mucho más en esa otra literatura que es el cine, convertido ya en un arquetipo el personaje que ante las inclemencias de la vida invierte su derrota en un arrojo moral. Descreímos entonces de los héroes, y fue en eso que Caballero Bonald escribió un libro señero, precisamente titulado Descrédito del héroe, que apoyaba muy bien eso, esa desconfianza hacia el laurel, esa distancia con la verdad oficial, con sus mitos totémicos sin ninguna fisura, sin matices, y con mucha grisura: algo así como la poesía del grupo Garcilaso. Rafa Nadal podría tener, en su esencia, restos de poética garcilasista, algo así como un monje-guerrero o un guerrero-poeta que encuentra la belleza en la plasticidad sobre la tierra, la determinación del juego convertido en gesta.

Rafa Nadal paró por un desgaste inserto en sus rodillas, por la constancia dura de un dolor que no llevaba a ninguna parte. Ahora, dos meses después, ha vuelto con vigor, quizá con más confianza en lo que sus articulaciones dan de sí, pero con menos eficacia en la vista de líneas, sin esa precisión del escalpelo ajustando las bolas en el límite. Es por eso que Nadal está en el límite: el que ha fijado él mismo en los últimos años, porque ha llegado el momento en que este chico sólo puede jugar contra sí mismo, sólo puede mirarse en el espejo de todo lo que ha hecho hasta el momento. Y todo esto cansa, como es lógico, porque Nadal arroja sensatez y es muy cansado medirse en el espejo de uno mismo. Así, hasta que llegue el día natural en que la edad deslice fuera de las pistas a este hombre-pantera, a este perfilador de redes invisibles, Rafa Nadal está en pugna con él mismo, con su propio recuerdo más reciente, y esto es una verdad poética que oculta un agotamiento, porque el brillo deslumbra y nos agota si dura demasiado..

Esto lo comprendió José María Camino, un poeta-tenista que escribió un libro hermoso sobre el ocaso de Kennedy titulado *El verano de Hyannis Port*, cuando el nuevo Camelot era un fulgor y el acecho de Dallas presagiaba el desaliento de una generación. Hablando de tenis y poesía hay que nombrar a Camino, que murió hace poco y demasiado pronto, mientras proyectaba la gran novela española sobre el tenis moderno con permiso de *El último set*, esa preciosidad iniciática de Jordi Sierra i Fabra. Lo importante es que ahora Nadal tiene ajuste bien el nudo de su propia novela, porque al final le queda.